

Mme. Merval saludó á su vez.

— Yo le veía, continuó Adelina, en casa de Natalia; ésta le conoció en casa de esa señorita tan rica que le consiguió su ajuste, y que es prima del señor de Montalvan, y le ofreció su casa, con lo que este caballero se hizo muy amigo suyo, y mio tambien.

Rafael elogió el cuadro con palabras generales y se despidió, siguiéndole Adelina con una mirada triste.

Poco despues las dos jóvenes volvian á tomar su fiacre y se dirigian á sus casas.

Adelina, triste y preocupada, no pronunció una palabra en todo el camino.

II.

LUGARES SOMBRÍOS.

Por la noche de aquel dia, que abria al fin para Julia de par en par las puertas del templo de la inmortalidad, un hombre alto, flaco y vestido con un miserable traje negro entraba en casa de Amanda, ya condesa de Montalvan por el suicidio de su padre.

Los criados le conocian sin duda, porque, á pesar de su miserable aspecto, le dejaron pasar hasta uno de los salones de recibo, y el que le había introducido fué á avisar á su señora.

Esta tardó poco en salir; vestia de luto riguroso, y su fealdad hubiera parecido entónces á Julia lo que su maestro decia en su carta póstuma: digna de un monstruo.

Tenía las mejillas hundidas y hundidos los ojos, los labios descoloridos, y habia enflaquecido de un modo espantoso.

La catástrofe que puso fin á la vida de su padre, el repentino desfalco de su fortuna, de la que, como ya sabemos, habia tenido que devolver dos millones á don Fernando Azagra, y sobre todo, el constante desden de

su primo Rafael, á quien, á pesar de estar hospedado en su propia casa, apenas veía; todas estas causas habían alterado la salud de Amanda, aumentando su fealdad, que en días felices había parecido menor.

Al ver á Diego, pues él era el hombre vestido de negro que acababa de llegar, una violenta expresión de cólera y desden contra sus facciones.

—¿Otra vez aquí, caballero? preguntó dejándose caer en un sillón.

—Otra vez, señorita, respondió Diego, que no tuvo que sentarse, porque no se había movido de su asiento al entrar la joven.

—Y bien, ¿qué es lo que V. desea?

—Dinero.

—¿No sabe V. que ya acabó todo entre nosotros?

—¿Cómo es eso? repuso Diego con sorna. ¿Con que no hay más que llamar á un hombre á su casa con el pretexto de dar una lección que no se quiere tomar: no hay más que enseñarle oro y decirle: «Yo te amo, todo es tuyo si me correspondes», y luego, el día en que este hombre ya no puede ser un instrumento ciego, no hay más que decirle: «No le conozco á V.; ya acabó todo entre nosotros»? Pues bien, señorita, eso se hace con un necio, pero no conmigo.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que necesito dinero.

—Y yo digo que no lo tengo: la mayor parte de mi fortuna ha pasado á otras manos.

—Pues que pase el resto á las mías.

—Pero ¿con qué derecho?

—¿Con qué derecho! ¿Eso me gusta! Por darme usted dinero me hice holgazán, jugador, adquirí muchos vicios que antes no tenía: ya no sé trabajar, pero necesito comer: V. me hizo entender que era para mí una mina; vengo, pues, á sacar de la mina.

—Esta mina, caballero, está agotada.

—Mis malas costumbres subsisten.

—¿Y eso á mí qué me importa?

El silencio siguió á esta pregunta. Diego echó sobre la Condesa una torva mirada, y no respondió una palabra por el pronto; pero después de algunos instantes se levantó, la asió del brazo y le dijo, clavando en ella otra fiera mirada:

—¿Pues es preciso que dé la mina, y dará!

—¿Y de qué modo, caballero? preguntó Amanda con acento burlón, y sin que en sus duras facciones se pintase el espanto ó el terror al ver su brazo bajo la presión de hierro de la mano de Diego: ¿de qué modo ha de dar? Ya no hay nada en ella, ó por mejor decir, ya no quiero sacar lo último que le queda: mañana marchó á Londres.

—¿Entonces es decir que yo he sido sólo un maniquí en las manos de V.?

—Justamente; y ningún hombre que sirve de instrumento á una mujer joven y rica debe quejarse de ello: el talento suyo consiste entonces en aprovecharse de su buena suerte, y en callar cuando le despiden.

Diego guardó silencio: conocía la lógica de las palabras de la Condesa, y se decía que en realidad hubiera sido mucho más digno para él callar que darse por ofendido.

Se preguntaba además en qué podía haber servido de instrumento á la Condesa, ya que ésta confesaba con tan ruda franqueza que en efecto se habia servido de él: pero Amanda, al ver que guardaba silencio, volvió á tomar la palabra de esta suerte:

—Debo á V. una confianza, mi apreciable Sr. Blanford, porque al fin ha vivido dos meses en mi intimidad, y bien comprendo que no se toma y se deja á un hombre como un traje, que de pronto nos agrada y luégo nos cansa: además, conozco que V., ofendido, hablará muy mal de mí á los que le quieran escuchar: así, pues, es mucho mejor que sepa V. lo que soy y lo que valgo, para que sólo diga la verdad, que sin temor puede asegurar que superará á todo lo que V. pudiera inventar en contra mia.

Mi padre, cuando nació yo, era pobre, pero ambicioso, y se enriqueció. Su esposa de V., que trata con gentes honradas, sabe quién es la persona á quien despojó. ¡Que Dios le haya perdonado, pues ya ha comparecido ante su santo tribunal!

Mi padre me educó en sus principios avaros y poco humanos: viéndome fea, quiso que mi fealdad sirviera para hacerme dichosa: me enseñó al mismo tiempo que á obrar segun mi antojo, despreciando el *qué dirán*, traba que hace muchas veces el papel de virtud en nuestro sexo, á despreciar igualmente á la humanidad entera.

—Los hombres, me decia, y las mujeres tambien, son instrumentos que, hábilmente manejados, sirven para todos aquellos usos que se les quiere emplear; ellos responden al egoismo, á la venganza, á la envidia, al inte-

res; ellas á los mismos móviles, y además á otros muchos: tambien son resortes poderosos para ellas el amor y la vanidad: prueba, hija mia, ya que Dios te ha quitado con la belleza los goces más sublimes, y verás cómo tú eres, si sabes manejarte, el artifice de tu propia dicha.

En efecto, prosiguió Amanda, con dinero no hubo nada que yo no consiguiera, y bien pronto desprecié, tanto como mi padre, á todo el género humano.

No era este modo de ver la vida el más á propósito para que yo echase de ménos el amor; no obstante, llegó un dia en que pensé que, si mi padre me faltaba, me quedaria sola, aislada y sin familia; deseé casarme, pero no alcanzaron mis acostumbrados artificios más que á proporcionarme esposos venales, y ántes que encadenar mi vida á ellos, hubiera querido morir mil veces.

Hay más hombres ruines que nobles; pero tambien hay muchos generosos, honrados y que sólo se casan por amor.

Como no amaba, me decidí á permanecer soltera durante toda mi vida; pero hice con mi padre un viaje á Roma, y todas mis ideas variaron por completo: vi allí á un primo mio, hijo de un hermano de mi padre..... á Rafael..... ya le conoce V. por haberle visto aquí algunas veces.

—¡Ah! ¿y se enamoró V. de él? preguntó Diego con ironía.

—Sí, respondió Amanda: me enamoré de él con locura..... con ceguedad..... Era pobre..... y creí que mi ri-

queza podría alucinarle.... Me engañaba, sin embargo: un día que manifesté á mi primo el estado de mi alma, me dijo con su dulzura y franqueza habituales: «Querida prima, mi corazón ya no me pertenece: mi padre había proyectado, desde que era yo niño, unirme á una jóven que se llama Julia Rivas....»

—¡Julia Rivas! repitió Diego saltando de su silla y dando un paso hácia Amanda.

—Calma, calma, respondió ésta: déjeme V. acabar de repetirle lo que me dijo mi primo, que continuó así: «Tengo un retrato de esa jóven pintado por mi padre, y la amo; sería indigno de mí el ocultártelo; ya ves que no puedo casarme contigo.»

Comprendí que por entónces era inútil manifestarle tristeza ó aflicción, y que nada adelantaria con ello: esperé, pues, á que alguna infidelidad de esa Julia, ú otro cualquier caso fortuito, cambiára los sentimientos de Rafael, pero en vano: ¡él era muy capaz de vivir toda su vida de recuerdos y de esperanzas!

—¡Luego cuando yo me casé con Julia ya había tenido ella amores con Rafael! murmuró Diego volviendo á caer en su asiento y cerrando los puños con un despecho colérico y concentrado.

—¡Vil egoísmo el de los hombres! exclamó Amanda con una sonrisa en la que había mucho de amargo, y mirando al pintor con una expresión indecible de desprecio: ¡este hombre, que ha abandonado y maltratado á su mujer por una ruin envidia, viene ahora á pensar si ella habrá sido amada de otro ántes de casarse con él! Pero tranquilícese V., prosiguió: Julia no ha sabido ni

el casamiento que su maestro proyectaba para ella, ni el amor de Rafael, hasta hace poco tiempo.

—¿Es decir, que lo sabe ya?

—Sí, lo sabe; pero no ha querido recibir en su casa al hombre que la ama y que se atrevió á decirselo al conocer el ruin proceder de V. Su esposa de V., caballero, es un ángel, cuyas plantas no somos dignos de besar, ni V. ni yo, que soy su mayor enemiga; se lo aseguro.

—¿Cómo! ¿es V. enemiga de Julia?

—¡Mortal! ¿Qué me importa que ella rechace el amor de Rafael? ¿no le ha consagrado éste su existencia, su pensamiento entero? Cuando pudo salir de Roma voló á Madrid para buscar á su prometida, según le había encargado su padre, que había muerto seis años ántes; pero Julia ya se había casado con V.: entónces se vino á París.

—¿Para verla?

—Ciertamente: llegó el mismo día que ella vino por primera vez á darme sus lecciones de pintura. ¡Julia, maestra mía! Ella, tan jóven, tan bonita, tan delicada, maestra de la fuerte, la soberbia, la iracunda Amanda! ¡ah, ah, ah! ¡tanto valía obligar al corderillo á que enseñase á ser manso al lobo!

Estas palabras y la carcajada seca y estridente que las acompañó llenaron de terror el alma de Mr. Blanford. La imagen de su esposa, según la había pintado la condesa, débil, tímida, enferma á causa de los disgustos y malos tratamientos con que él había amargado su vida, se presentó á sus ojos, que cerró horroriza-

do de la espantosa luz que brotaba de su conciencia, iluminando aquellos lugares tan sombríos.

—Yo llamaba á Mme. Blanfort, prosiguió Amanda, con el pretexto de que me sirviera de maestra; pero, en realidad, para decirle que sabía el ascendiente que tenía con Rafael y que esperaba le obligase á casarse conmigo.

—¡Oh, qué inicua trama! exclamó Diego; pero ¿de qué modo podía la pobre Julia.....

—¿De qué modo? interrumpió la Condesa con su helada sonrisa: ¿cuándo le faltan á una mujer medios para lograr lo que desea del hombre que la ama? Cuando no por otro, podría haber logrado que Rafael se casara conmigo exigiéndoselo como premio de su correspondencia.

—¿Y de qué le servía á V. un esposo que amaba á otra mujer y que era correspondido de ella?

—¡Oh! exclamó Amanda, ¿de qué me servía! ¿hay, pues, algo comparable á la mezcla de odio, de venganza y de amor que se despertó en mi alma cuando perdí toda esperanza de casarme con mi primo? Una vez casada con él, una vez unida su suerte á la mia, ó le hubiera obligado á amarme, ó le hubiera hecho morir de desesperacion.

Amanda dijo estas palabras con sombría vehemencia: conocíase que aquella pasion tenía hondas raíces en su alma apasionada y tenebrosa, y que llenaba su vida entera y su pensamiento.

—Julia, continuó la Condesa, sabía ya que mi primo la amaba: por una irrisión de la suerte, mi mismo pa-

dre habia sido encargado por su hermano de entregar á su discípula Julia un paquete, en el que sin duda le participaba sus proyectos de boda con su hijo.

—¡Oh! ¡y ese paquete! ¡ese paquete! exclamó Diego con vehemencia.

—¡Está en poder de su esposa de V.!

—¡Cómo!.....

—¿Quién lo ha de tener? ¡Oh, á haber yo sospechado su existencia, no hubiera llegado á sus manos; ántes lo hubiera destrozado entre las mias! ¡lo supe demasiado tarde! Pero acabemos, pues yo necesito hoy de todo mi tiempo. Julia se negó con indignacion á todas mis proposiciones: entónces me acordé de que su marido y la hermana de éste valian mucho ménos que ella, y llamé á Natalia: lo demas ya lo sabe V.: la seduje con un ajuste ventajoso, é hice que le trajera á usted para ser mi maestro, alegando, para halagar la ruin envidia de V., que no me satisfacian los conocimientos de Julia, y que deseaba tener á su esposo para maestro mio: V. cayó en el lazo y vino.

—¡Infame lazo!

—¿De qué se queja V., cuando le formé con su misma maldad?

—¡Es verdad! ¡oh! ¡desgraciadamente es cierto! murmuró Diego confundido; pero, ¿cuáles eran los designios de V.?

—¿Cuáles eran? preguntó Amanda con su acento duro y burlon: ¡en verdad que es V. mucho más necio de lo que yo me figuraba! ¡cuáles eran mis designios! Hé-los aquí:

Conociendo la bajeza del alma de V., seducirle con mi oro y darle en abundancia este vil metal para que cada dia se encenagase más en el juego y en la embriaguez, esos dos vicios que adormecen á la envidia, y vengarme de Julia, su esposa de V. y mi rival en el corazon de Rafael, robándole el esposo á quien, á pesar de todo, amaba sobre todas las cosas del mundo!

—¡Oh, esta mujer es un demonio! exclamó Mr. Blanford levantándose con el cabello erizado y echándose dos pasos atras, como poseido de terror. Si Rafael no podia amar á V., ¿qué fruto sacaba de hacer desgraciada á Julia, que era inocente de su desden, y que sólo deseaba vivir en paz con los pesares que yo la he ocasionado?

—¿Y acaso la venganza puede darse razon del *por qué* existe? ¿existiria si así fuese? Hay en mí un terrible gérmen de odio contra la humanidad en general: ¡yo no sé por qué, ni de dónde proviene, pero existe en mí! ¡Hoy ya estoy derrotada!..... ¡Julia tiene gloria, mucha gloria; tanta, que en ella han de estrellarse todos mis tiros para hacerla desgraciada; tanta, que el amor de Rafael crecerá mucho más, porque en el corazon de los hombres hay mucha más vanidad que ternura, y sólo les inspira amor verdadero lo que brilla, lo que otros desean y quieren llevarse. ¿Qué valgo yo ahora al lado de Julia, de Julia, jóven, interesante, dotada de tan brillante genio? ¡Nada, nada!

La Condesa dobló sobre el pecho su cabeza y quedó como abismada en profundas y dolorosas meditaciones.

Otro tanto sucedió á Diego: inclinó la marchita frente y quedó inmóvil y anonadado.

En aquella alma cobarde y pequeña luchaban la blanca y dulce imágen de Julia, las negras nubes de su feroz envidia y la sombría y amenazadora figura de la Condesa. Despues de permanecer algun tiempo inmóvil y silencioso, él fué el primero de los dos que levantó la frente.

—Adios, señorita, dijo: el hombre cínico, ó más bien extraviado, se avergüenza delante de V. de haber sido, como V. dice, el ciego instrumento de pasiones ajenas; no me ha bastado con ser víctima de las mias: he servido tambien á las de V., pero la veo tan infeliz, que, léjos de acusarla, la compadezco: esto prueba que mi corazon no está aún del todo pervertido.

— ¡Hé aquí mi porvenir! murmuró Amanda alzando á su vez la cabeza. ¡Ser compadecida de todos, hasta de este hombre! Pero, añadió, yo tambien sé que V. es digno de compasion: á su pesar, Julia marcha con paso firme por la senda de la gloria que le predijo su maestro. ¡París entero está hoy á sus piés, y la que no ha conocido más que las penas del amor, no será difícil que ceda á sus halagos! ¡Ahora, adios!

Y Amanda, despues de decir estas palabras con el acento amargo y casi convulsivo que era habitual en ella, y que revelaba los dolores incurables de su alma, salió de la habitacion con paso rápido y firme.

El pintor permaneció allí solo y confundido durante algunos instantes: las últimas y traidoras advertencias de la Condesa parecian haberle anonadado; no obstante, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, salió de su abatimiento y se lanzó á la calle.

Había entrado en la casa de Amanda abatido y sombrío; pero al salir estaba trasfigurado: brillaba en sus ojos una decisión generosa, y su frente, ántes inclinada como la de un malhechor, se levantaba ahora como pidiendo al cielo brisas puras que la regenerasen.

III.

ENFRIAMIENTO DEL ALMA.

Casi al mismo tiempo que tenía lugar la escena precedente entre aquellos dos seres desgraciados y enemigos de Julia, ésta, sentada en su casa y al lado de Mme. Merval, hablaba tranquila, aunque con alguna tristeza.

—Te repito, querida Clemencia, decía la artista, que es preciso que mudemos de habitación: ya ves cuán débil estoy y cuán pocas fuerzas recobro: yo no sé, por lo tanto, cuándo podré acabar otro cuadro, que empezaré mañana, pero en el que adelantaré poquísimo.

—¡Es posible que así hayas de desanimarte, Julia mia! exclamó Mme. Merval: te sobran inspiración y talento, ¿por qué ha de faltarte el valor, que es lo ménos, cuando Dios te da lo más?

—Pero ¿no conoces que eso que llamas tú *lo más* debe ceder á *lo ménos*? ¡Ay! ¡Las miserias de la vida devoran la del artista más que su trabajo y sus vigílias, como dicen aquellos que nos juzgan más favorablemente! Es verdad que yo podré hacer muchos cuadros tan buenos y mejores aún que *El Egoísmo*; pero entre tanto